

Carlos Liscano

Retrato de pareja

En la cocina. Una mesa, un par de sillas junto a la mesa. Más atrás una mesa pequeña con una botella, vasos, cubiertos, un mantel doblado. Una aspiradora en el suelo. Entra un hombre con un bolso de deporte. Lo deja sobre una silla junto a la mesa. Mira la habitación. Está solo. Ve un delantal sobre el respaldo de la silla. Se lo pone. Se caracteriza como mujer.

Música de bandoneón. A partir de este momento imita a su mujer, que no está en casa.

Va hacia la aspiradora y mira al bolso, que representa al marido. Fin de la música.

¿Puedo hacerte una pregunta?... ¿Puedo o no puedo?... Puedo. Bueno, lo único que yo quiero saber es por qué has vuelto tarde. ¿Estás oyéndome?... ¿No te interesa lo que digo?... *(Se dirige hacia el bolso.)* Como siempre, lo que yo diga no te interesa. Pero ahora vas a responder. Te pregunto y espero una respuesta... ¿O es que me estás tomando el pelo? ¿Estás tomándome el pelo? ¿No estás tomándome el pelo?... Te pregunto por qué llegaste tarde... ¿No entendés la pregunta?... Sí que la entendés. Digo que por-qué-llé-gas-te-tar-de. *(Lo sacude.)* ¿O es que sos sordo? *(Gritando.)* ¿Sos sordo? ¿Oís?... ¿Estás oyendo lo que digo?... ¿O acaso es que no sé expresarme? *(Tira el bolso al suelo.)* ¿Sé expresarme o no sé expresarme? ¿Verdad que sí?... Sí, ¿no es cierto?... Bueno, bien, veamos. Una de dos, o sos sordo o no sé expresarme... ¿O son las dos cosas? *(Se queda mirándolo. Luego pone las sillas sobre la mesa para pasar la aspiradora.)* No pueden ser las dos cosas, ¿verdad? No, las dos cosas no. *(Se aleja y vuelve a la aspiradora.)* *(Al público.)* Entonces es que no sé expresarme, claro. Y por eso el señor no entiende la pregunta. Clarísimo, no puede haber ninguna duda. Él oye todo muy bien, pero si la otra persona no sabe expresarse cómo va él a entender lo que se le dice, ¿eh? ¿Cómo va a entenderlo?... *(Se vuelve hacia el bolso.)* ¿Que no es eso? Ahora resulta que no es eso... Sí, no lo estás diciendo así, con todas las letras. Pero a buen entendedor... Sería demasiado esperar de ti, que un día tuvieras el coraje intelectual de decirme en la cara lo que sentís. Coraje intelectual, ¿sabés qué significa? *(Le da la espalda, con desprecio.)* No, no lo sabés. Qué vas a saber. Nunca decís lo que sentís, solo te limitás a hacer sugerencias. Inteligentes sugerencias, suaves, corteses. Muy de tu estilo. No, no, yo sé que no vas por ahí anunciando: *(Lento.)* "Mi mujer no sabe expresarse, por eso yo me hago el sordo". Eso no lo harías nunca, te conozco muy bien. En cambio lo sugerís, sugerís que sos sordo, pero das por sentado que todo el mundo sabe que oís bien. La humanidad entera está al tanto. No sos sordo, eso está bien establecido. De ninguna manera, no faltaba más, el señor no es sordo, ni tiene ninguna afección al oído. *(Vuelve corriendo hacia el bolso y lo golpea.)* El señor oye bien con las dos orejas. ¿Verdad que sí?... *(Lo deja y camina, razonando.)*

Bueno, sabiendo, como se sabe, que el caballero está perfectamente bien del oído, hay que concluir que lo que pasa es que su mujer no sabe expresarse. Así, sin la más mínima duda, ¿no?... Eso es lo que ocurre. La mujer no sabe expresarse y él

deja que el mundo crea que él es sordo. Así nadie puede pensar que la mujer tiene dificultades para expresarse. Un sacrificio de tu parte, digamos.

Todo el mundo lo sabe, él tiene el oído de un perro, oye el vuelo de una mosca a doscientos kilómetros de distancia. Bien, aclarado eso, que en el fondo es lo único que a vos te importa, por debajo viene lo otro: lo que ocurre es que la mujer no tiene la menor idea de cómo se organiza una frase, una frase corriente, una frase simple, del tipo "Esta mañana me olvidé del paraguas". Bueno, y para poder convivir con ella él simula que es sordo, así la mujer no se siente tan mal.

(Vuelve corriendo.) Eso le has hecho creer a todo el mundo, que yo no sé expresarme, ¿no es cierto?... *(Lo pone encima de la silla que ocupaba antes y que está sobre la mesa.)* Que no sé organizar una frase elemental y simple, ¿verdad?... ¿Que no se lo has hecho creer a nadie? Bueno, pero eso es lo que estás sugiriendo, ¿no? *(Se enfurece, lo saca de la silla y lo arrastra hasta el proscenio.)* ¿Sabés qué sos? ¿Tengo que decirte yo qué es lo que sos?... ¿Me vas a rebajar de ese modo, obligándome a decirte qué sos vos?...

Esto es lo último, lo peor que yo he oído. *(Ofendida y triste le vuelve la espalda.)* Yo no sé cómo soporto tanto. Un día de estos me voy a matar. Ya no puedo sufrir más, ni un segundo más. Así te librarás de mí. Estarás contento. Habrás conseguido lo que te proponías... *(Se vuelve.)* Bueno, pero te lo voy a decir, te voy a decir lo que sos, ya que eso es lo que estás ahí esperando: sos un cerdo. Eso sos. *(Se inclina para escucharlo.)*...

Ah, claro. *(Lo deja y camina dando gritos, ironizando.)* Cualquiera se cree tus mentiras. Ahora resulta que no solo no sos un cerdo sino que tampoco le has sugerido a nadie que yo no sepa expresarme. Qué desvergüenza. Qué descaró. Las cosas que tengo que oír. Ahora resulta que soy yo la que inventa todo. Lo que en realidad el señor ha sugerido es que él es sordo. Nada más que eso. De lo otro él no se ha enterado de nada.

Pero como la gente sabe que no lo es, que es una mentira, él no es sordo, entonces queda muy claro que lo hace para ocultar mi torpeza. De ese modo mata dos pájaros de un tiro: no tiene que mentir y sugiere que es sordo, sabiendo que todos entienden que en realidad la retardada soy yo...

(Vuelve.) ¿Tengo razón o no tengo razón, eh? A ver, decí... No lo decís, no, claro que no lo decís, pero lo sugerís, lo cual es casi peor que lo otro. Porque si por lo menos dieras la cara. Si por lo menos fueras diciendo claramente lo que pensás: "Mi

mujer es retardada y no sabe expresarse y por eso yo me hago el sordo con ella, para no tener que oírla". Porque si fuera así por lo menos estarías mostrando algún sentimiento, alguna consideración. Pero vos no tenés valentía para hacerlo. De todos modos has conseguido lo que querías. Ahora para todo el mundo es evidente que tengo que aprender a expresarme mejor, ¿no?...

(Lo escucha.) Y eso lo has dicho vos, ¿no? Decilo. Vamos, decilo.

Ah, que nunca has sugerido eso. Sí, yo sé que no lo has hecho. Si lo hubieras hecho ya no dormiríamos en la misma cama. Bueno, y ahora ¿no estás sugiriendo nada?... ¿No sugerís nada, ninguna cosa? ¿Ninguna cosita así de pequeñita, nada se te pasa por la cabeza que tengas intención de sugerir? ¿Sugerencias, insinuaciones, aunque sean diminutas? ¿Nada?...

Bien, entonces es que te estás haciendo el loco. *(Le da espalda y se aleja.)* Así de simple es. Es tan simple que resulta difícil darse cuenta. Es como si estuvieras jugando, ¿verdad? Aunque si estuvieras jugando por lo menos una podría reírse. Pero a mí no me engañás, no estás jugando. Engañarás a cualquiera, menos a mí, a tu mujer, que te conoce como si fuera tu madre.

(A la distancia.) Se ve de lejos que te estás haciendo el loco. Otra vez. Es decir, como de costumbre. Te estás haciendo el loco para mantener el hábito, ¿verdad?

(Vuelve.) ¿O me equivoco? *(Lo deja, mostrando duda sobre sus últimas afirmaciones. Regresa a la aspiradora.)* Tal vez me equivoco y en ese caso sería mejor que me lo dijeras. Si es que no te estás haciendo el loco, entonces yo estoy equivocada y te ruego por favor que me lo expliques. Prefiero la verdad. Por dura que sea prefiero siempre la verdad antes que una mentira. Otra mentira más... Si pensás que me equivoco decilo fuerte y claro, que se oiga...

Pero no, es tan evidente que no pensás en mí. En realidad nunca has pensado en mí. Y sos tan egoísta que no sé si alguna vez en tu vida has pensado en alguien que no seas vos mismo...

¿Cuánto hace que no me decís que me amás? *(Música de bandoneón. La mujer comienza a desenrollar el cable de la aspiradora.)* Es claro, eso a un hombre no le importa, decirle a su mujer que la ama. A vos por lo menos no te importa. Porque hay hombres que sí se preocupan por hacerle saber a su mujer que la aman. Pero vos, ¿cuándo me dijiste que me amás?...Nunca.

(Se acerca al marido con el cable de la aspiradora en la mano.) Ah, pero... *(Deja el cable.)* Esto sí que es definitivo. Ahora no podrás decir que no tengo razón. Te

escuché bien, oí perfectamente lo que me dijiste. Después no vengas con que son inventos míos. Ahora resulta que yo me quejo porque no tengo otra cosa que hacer. Me quejo casi que de aburrimiento porque en realidad cuando nos casamos me dijiste que me amabas y desde entonces nada ha cambiado. Por lo tanto yo debería muy bien saber que todavía me amás. Ah, esto no, esto sí que no. *(Parece que va a llorar. Se aleja.)*

Ahora sí que has colmado el vaso. Que me insultes de este modo. En mi casa. Bajo mi propio techo. *(Se vuelve y se inclina para hablarle.)* Sí, dije "mi casa", y no "nuestra casa", porque a vos esta casa no te importa, no te interesa. Aquí venís a comer y a dormir. Esta casa para vos es un infierno, el peor lugar del planeta. Entonces esta es solo mi casa. La casa donde yo vivo, donde yo existo, y adónde, además, viene un hombre a dormir. Un desconocido, un sádico, mentiroso y cruel. Pero se acabó, ahora sí que se acabó. Esto fue lo último. Vos y yo terminamos para siempre...

Mirá, mejor lo dejamos así. No tiene ningún sentido seguir hablando. Es absurdo que hagas una cosa y a los cinco minutos la niegues. Al final soy siempre yo la que tiene la culpa. Quizá sea mejor así, saber que yo debo cargar eternamente con la culpa hagas lo que hagas. *(Recoge la aspiradora.)*

No vale la pena seguir hablando. Nada que sea sensato, racional, educado, funciona contigo. Vos sos el que sos y eso no lo va a cambiar nadie. De todos modos siempre acabás por enredarme y al final no sé ni lo que digo. Siempre tenés excusas para todo, no importa qué. Si tuvieras un poco de respeto por mí, por esta casa o por algo que te importara en la vida, una podría hacer un intento de hablar contigo, sentarse a razonar. Pero ya ves, has acabado enredándome. Otra vez.

(Deja la aspiradora. Va al proscenio, lo arrastra y lo pone en la silla sobre la mesa.)

Mirá, dejémoslo así, ¿eh? Hagamos como si aquí no hubiera ocurrido nada. Lo olvidamos todo. No hay necesidad de continuar de este modo. ¿De acuerdo? Ninguno de los dos se merece esto. Yo no me lo merezco, y vos tampoco. Ahora ya está. Olvidamos todo, no hay por qué seguir hiriéndose por tonterías, ¿sí? Bueno, sin rencores, ¿eh?...Así está. *(Lo acaricia.)*

Quédate tranquilo. Olvido y perdón, eso es sano. Después de tantos años juntos no podemos tirar todo a la basura por tonterías. Pero entonces ahora decime la verdad.

(Lo acaricia, lo acomoda.) No, no voy a criticarte ni vamos a seguir discutiendo.

Decime solo la verdad. No tiene ninguna importancia, yo solo quiero saber. Vos me

lo decís y ya está. Aquí no ha pasado nada. Pero decímelo, ¿estás haciéndote el loco o no?...

Yo solo quiero saber si tengo razón. Tengo razón, ¿verdad? *(Lo tira al suelo.)* ¿No es verdad que me das la razón, que estás haciéndote el loco? ¿Viste que era cierto? Bueno, por fin. *(Ríe y baila de alegría por la habitación, alzando los brazos.)*

Ahora podemos decir que estamos de acuerdo. Por lo menos hay un acuerdo... Por fin, algo es algo. Después de tantos años por lo menos tenemos un acuerdo, algo en común. Esto hay que festejarlo. *(Recoge una botella de vino y dos vasos. Va a la mesa y sirve para ambos. Pone una silla junto al bolso y se sienta, tranquila. Hace el gesto de brindar.)*

Bien, entonces yo no me equivoco. Simplemente te estás haciendo el loco. Ahora me das la razón. Te hacés el loco, el listillo. ¿Viste que yo tenía razón?... *(Lo acaricia.)* Así, el tontito, no mucho, un poco tonto. Un poquitito. Pero eso no es nada. Yo me lo suponía. Y vos también sabías que yo me daba cuenta. Pero debo reconocerte que te sale bien. Yo me daba cuenta porque te conozco, pero otra persona, no creo. Sos un actor. Un actor natural, con condiciones. Yo siempre pensé que deberías haberte dedicado al teatro. Nunca es tarde. A mí, en realidad, me gustaría mucho que te dedicaras al teatro. Es claro, te darían pequeños papeles. Por lo menos al principio te darían papeles secundarios. Pero ya veremos, algún día. Con tu personalidad. Imaginate, dentro de diez años... No hay muchos actores con carácter. Y vos, con el tuyo... Tenés una memoria de elefante, te aprenderías los libretos más largos en media hora. Yo siempre estoy olvidándome de todo, pero vos... Siempre me acuerdo de cuando venían los amigos a casa, en invierno, y jugábamos a las preguntas. Vos te sabías todos los nombres y todas las fechas. No se podía jugar contigo. Mientras todos estábamos allí tratando de acordarnos, vos ya habías respondido todo... *(Se sienta en el suelo junto a él y lo besa.)*

Él se hace el loquito a veces, no siempre. Ahora habría que saber para qué, para qué se hace el loquito... ¿Lo sabés?... ¿Sabés para qué te hacés el loco?... Yo no lo sé, ni me lo imagino. Si no lo sabés vos... No me lo digas, si me vas a mentir no me lo digas. Por favor, no tenés necesidad de explicar nada, y mucho menos de mentir. *(Se pone de pie.)*

Una cosa es hacerse el loco y otra es mentir de puro gusto. Pero yo te lo voy a decir, sin necesidad de que me mientas. Estás haciéndote el loco para que te dé,

¿no es cierto? Así, ¿no? (*Golpe.*) De este modo te gusta más, ¿no es cierto?... (*Lo mira un instante, lo levanta y lo pone con mucho cuidado sobre la silla.*)

Pero a ver, vamos a ver, razonemos. Seamos seres racionales. No es necesario ser muy inteligente para darse cuenta de que te estás haciendo el loco para que te pegue. Cualquiera se da cuenta. Es eso ¿no? (*Ofendida lo deja.*)

O sea, es lo de siempre, no hay cambios. Ya lo sabíamos. Nada nuevo bajo el sol, como diría tu madre. Te gusta que te pegue, y no hay otra cosa ¿no? (*Recoge la aspiradora.*)

En eso estamos totalmente de acuerdo. Es todo tan simple que cuesta creerlo. Te gusta, ¿verdad que sí? ¿Verdad que no hay otra cosa que te guste más en este mundo?... Estoy haciéndote una pregunta, ¿oís?... ¿Te gusta o no te gusta? ¿Te gusta que yo te pegue? ¿O te gusta que te peguen otras? (*Lo tira al suelo.*)

¿Te gusta que te pegue yo o te gusta que te peguen otras pero no yo? Contestá. Estoy preguntándote y modestamente aspiro a que me contestes. Me parece que no exijo mucho, apenas una elemental comunicación humana, un poquitito así de respeto por el prójimo. (*Se da vuelta y se aleja. Enciende la aspiradora y sigue hablando sin que se entienda lo que dice. Grita mirando al bolso. Apaga la aspiradora.*)

Claro, no te interesa oír lo que digo. (*Deja la aspiradora. Se acerca.*) Digo que no soy una persona exigente, pretenciosa, me parece. Creo que estoy dentro de mi derecho, del poco derecho que me corresponde en esta casa. Es un derecho humano, que a una se la respete. ¿Me estás oyendo? Vuelvo a repetirte la pregunta para darte la oportunidad de mostrar algo, aunque sea una pizca de respeto por tu mujer, a ver si yo te importo un poquitito así por lo menos: ¿te gusta que te pegue yo o te gusta que te peguen otras pero no yo?

Ésa es mi pregunta. Y si te hago una pregunta es para que me contestes. Y si no se te antoja contestarla por lo menos podrías intentar una respuesta cualquiera, aunque fuera mentira. Para que yo crea que me respetás, aunque los dos sabemos que eso nunca ha sido así, desde el comienzo... (*Se inclina para escucharlo.*)

¿Pero de qué estás hablando ahora? ¿Del respeto o de lo otro? Y después soy yo la que no sabe expresarse... Así vamos. A mí se me acusa de subnormal y él no sabe ni de qué se está hablando. ¿O es que estás cambiando de conversación?... Lo intentás, por lo menos lo intentás, ¿verdad?... ¿Verdad que sí?... Pero esta vez no te me vas a escapar. Te conozco bien, niñito, como para que intentes algo tan burdo...

Bueno, a ver, ¿cómo era eso? Si vamos a seguir hablando pongamos un poco de orden en las ideas: ¿te referís a lo primero o a lo segundo, eh? Te lo repito: ¿te gusta que te pegue yo o te gusta que te peguen otras pero no yo?... ¿A qué te estás refiriendo, se puede saber?... Claro, lo del respeto no te interesa. Bien, aceptemos que no me respetás. *(Lo vuelve a la silla sobre la mesa. Ella se sienta. Se sirve vino.)*

Perfecto. De todos modos no tiene ninguna importancia. Vos no me respetás ni te interesa. No se te pasa por la cabeza. Ni siquiera tenés la más pálida idea de qué significa respeto. Bueno, pero eso vos y yo ya lo sabíamos. No necesitamos estar aquí hablando como dos idiotas sobre algo que vos no sabés qué es ni te interesa... Pero ¿ves como yo tenía razón? En definitiva vas a acabar dándome la razón. Y hubiera sido mejor que empezaras por ahí. Pero a vos te cuesta reconocer que otra persona pueda tener razón. No, perdón, no es así. Perdóname. Te pido mil veces perdón, no quise decir eso. Lo que a vos te resulta imposible es reconocer que alguna vez, por casualidad, una vez en la vida, yo pueda tener razón, ¿no?... ¿Viste, no tuviste necesidad de corregirme? De todos modos te pido perdón.

(Brinda y sonrío.) Salud. Yo soy capaz de reconocer cuando me equivoco. Ya está, ya te pedí perdón, ahora no sigas con lo mismo. No vayas a intentar cambiar de conversación. *(Se pone de pie.)* Te lo pido por favor, ni siquiera intentes cambiar de conversación porque no lo voy a permitir. Eso sí que no. Cualquier cosa menos eso. No seas sádico. No me cambies de conversación. Por una vez en la vida te voy a decir la verdad, aunque no te guste. Ahora vas a oírme. Vas a oírme hasta el final. No te permitiré quedarte con la última palabra. ¿Y sabés cuál es la verdad? Sí que la sabés, pero igual te la voy a decir. Mirá, a vos te gusta que te pegue todo el mundo menos yo, ¿no?... ¿No te gusta que te digan la verdad?... Pero la verdad no duele. Es sano decir la verdad. A vos cualquiera puede venir y pegarte y yo nada, ¿no es cierto?... Te revienta que yo te pegue pero no te hace nada que te peguen otras. *(Se inclina para oír lo que dice el bolso.)*

¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Qué es eso? *(Se acerca más.)* ¿Que no te gusta? Eso no es verdad, y lo sabés muy bien. ¿Cómo? ¿Qué decís?...

Pero estás loco. ¿Todas?... Pero cómo vas a decir eso. Que te gusta que te peguen todas. Cornudo. Era eso entonces. Ahora queda claro. Por fin por lo menos una verdad en esta casa. *(Vuelve a tratar de escucharlo.)*

¿Qué? ¿Que te repita la pregunta?... Ah, no la habías entendido bien. *(Le vuelve la espalda y va a la aspiradora.)* Era lo que nos faltaba. El señor no entiende. Y lo dice así, con total inocencia. Esto es una canallada. *(Se vuelve.)* Bueno, por última vez. Pregunto por última vez, pero ahora sí, vas a decirme la verdad. Lo que en este momento me interesa saber es si te gusta que te pegue yo o te gusta que te peguen otras pero no yo... No me lo digas, ya lo sé. Otras, ¿verdad?... ¿Ves, ves como era eso? *(Se inclina para tratar de oírlo.)*

Ah, que no era eso. *(Se incorpora y comienza un discurso. Enfadada.)* Pero entonces es mucho peor de lo que yo suponía. *(Da vueltas por la habitación, dando gritos, arrastrando la aspiradora.)* Esto es un infierno. Un castigo que yo no merezco. No le gusta que le pegue nadie, ni le gusta que le pegue yo. Ni siquiera yo. Qué horror. Las cosas que una debe oír. Por favor, por favor, que se abra la tierra y me trague. Esto es mucho peor de lo que yo me suponía. Y yo, que me creía que lo conocía... Ahora él afirma... Ah, ¿por qué, por qué...? Yo me pregunto por qué la vida tiene que ser tan cruel conmigo... *(Regresa al lugar del bolso, siempre con la aspiradora.)*

Pero ¿y a quién le vas a hacer creer eso? ¿A quién, a ver a quién si podés decirme?... Infeliz. Pobre hombre. ¿Si no fuera por mí qué sería de tu vida ahora? ¿Vos creés que la gente es tonta, que podés mentirle así no más, burdamente?... *(Deja la aspiradora. Camina por la habitación.)*

Tal vez haya muchos que puedan creerte, tal vez puedas hacerle tragar la píldora a cualquiera. Pero te aseguro que a mí no. A mí, no. Cualquier cosa, lo que quieras, pero hacerme creer esa mentira estúpida, no. *(Regresa.)*

Y te voy a explicar por qué. A ver si nos entendemos. A ver si por una vez en la vida llegamos a entendernos. Te voy a decir las cosas como son. *(Muy lento.)* Si a vos no te gustara que te pegaran, que por lo menos te pegara yo, no estarías obligándome a hacerlo, ¿entendido?...

Entonces hay que buscarle una explicación a todo esto. La vida no es un absurdo, tiene explicaciones. Hay razones. Las cosas no se hacen porque sí. Y yo sé bien cuál es la explicación. Te conozco lo suficiente como para ver qué te traés entre manos.

(Música de bandoneón. Recoge el gorro. Se sienta, queda meditando. Pone el gorro sobre el bolso.)

A mí no me engañás así no más. Lo que buscás es provocarme, para que yo te pegue. Me provocás y me provocás hasta que no tengo más remedio que pegarte. Entonces ya has conseguido lo que te proponías. Pero no terminan ahí las cosas. Como yo te pego, y no me gusta, y vos lo sabés, después me siento mal. Y en realidad es eso lo que te proponés. Obligarme a pegarte para que después me sienta mal.

Esa sería una explicación, ¿verdad? Una explicación que te gusta, ¿no es cierto?... Pero es demasiado fácil, eso no se lo cree ni tu abuela. Por tanto, como supondrás, mucho menos me lo creo yo. Y ahora voy a decirte de una vez por todas qué es lo que te pasa. Para que no mientas, para que no me mientas a mí ni te mientas a vos mismo.

Escuchá bien, infeliz. (*Acentuando.*) Es tan elemental que no debería explicártelo. Hasta un niño lo entiende. Pero aún así vos intentás engañarme diciendo no sé qué de no sé qué. De modo que yo me enriede y me pierda en tus razonamientos. ¿No podrías actuar como una persona normal, como un adulto? A ver, sentate ahí. No seas infantil. (*Lo levanta y lo pone en la silla.*)

Así. Por lo menos conmigo, ¿no podrías actuar aquí en casa sin estar simulando, sin andar con mentiras?... Algún día deberías preguntártelo, reflexionar. ¿Por qué no sos auténtico conmigo?... No, ya sé lo que me vas a responder y no me interesa. Te lo pregunto no para que me respondas sino para que veas que vos a mí no me engañás. Yo te conozco, sé bien cómo sos. (*Se inclina y le habla suavemente.*)

Mirá, esto ya lo hemos hablado muchas veces, pero igual voy a repetírtelo. Esta es la última vez. Ya no volveremos a hacerlo. Te lo juro, no lo haremos nunca más. Nunca volverás a oír una explicación salida de mis labios. Antes me moriría. Por otra parte, no vale la pena, vos lo sabés. Nada vale la pena contigo. Pero yo igual hago el intento. (*Lo acaricia.*) Lo que pasa es, escuchá bien, lo que pasa es que lo que más te gusta en el mundo es que te pegue cualquier mujer que ande por ahí, pero no yo. Esa es la verdad desnuda, querido. Hay que reconocerlo. Te hará bien reconocer la pura verdad. Creeme. La verdad es saludable. (*Muy lento.*) Y la verdad dice que hasta una desconocida, una puta, cualquiera puede pegarte, pero yo no... Y eso es lo que en realidad te gusta. Sentir que en teoría, por lo menos en teoría, cualquier bruja de esas que vos conocés podría pegarte, pero yo no. Y aquí estoy, yo, tu mujer, sintiéndome mal por tener que pegarte, sabiendo que no te gusta que yo te pegue. Y sabiendo a la vez que si yo fuera otra te gustaría. Entonces, en

realidad te gusta. No me lo niegues. Ahora no me digas que no es verdad porque lo es.

¿Ves? Te reís, por tanto lo reconocés. Reconocés que es totalmente cierto lo que yo digo. *(Vuelve a encender la aspiradora y la pasa debajo de la mesa. Cuando la apaga vuelve a hablar, comienza a guardarla como después de haber terminado el trabajo. Luego se acerca al bolso.)*

A vos, indirectamente, te gusta que yo te pegue, querido. Por lo menos indirectamente. Y por eso yo, tu mujer, que tengo derechos y obligaciones contigo, pero que no me gusta pegarte, me veo obligada a pegarte simplemente porque no te gusta, y de ese modo conseguís hacerme sentir mal, mi amor. Y yo lo hago para que puedas disfrutar de tu venganza. Pero yo, ¿qué te he hecho yo, eh? A ver, ¿qué te he hecho, decime? *(Enseguida se aleja.)...*

Yo no te he hecho nada, nada. El mundo es testigo de que nunca te he hecho absolutamente nada. Y aquí me tenés, hundida en la desesperación, tratando de saber solo una cosa, mendigando una simple respuesta. Y vos negándomela, todo el tiempo desviando la conversación para no tener que responderme. Negándome lo mínimo que un ser humano puede esperar de otro, una palabra, un movimiento de cabeza por lo menos.

(Música de bandoneón. Baja la silla y la acomoda en torno a la mesa. Luego se sienta del otro lado, frente al bolso, con los brazos apoyados sobre la mesa.)

Volvamos a lo que estábamos hablando, ¿de acuerdo?... Hagamos como que aquí no ha ocurrido nada, ¿sí?... Vos y yo nos conocemos y no tenemos por qué ocultarnos nada ni estar agrediéndonos gratuitamente. Eso es muy feo, deja huellas en la relación, huellas difíciles de borrar. Seamos adultos, ¿eh?... *(Se levanta y saca la pelota que está dentro del bolso. Habla con ella entre las manos. Razona lentamente, caminando.)*

Supongamos que vos llegás tarde a casa. Un día cualquiera salís del trabajo y tenés problemas o te vas a jugar al fútbol con tus amigotes y llegás tarde. Eso puede ocurrirle a cualquiera, incluso a mí me ha ocurrido a veces. No jugar al fútbol. No seas tonto. Yo no juego al fútbol. Digo que también a mí me ha ocurrido o puede ocurrirme tener problemas cuando salgo del trabajo. Entonces llego tarde a casa, unos minutos, media hora. Bien, entonces no hay por qué exagerar. Uno tuvo problemas en el camino a casa y llegó tarde. Punto. Es algo normal, ¿de acuerdo?... Bueno, vos llegás tarde a casa, entrás y sabés que yo ni siquiera me he dado

cuenta de la hora que es. O tal vez sí, y entonces ya estoy un poco de mal humor también. Digamos que estoy de muy mal humor, si eso te gusta más. Estoy dispuesta a aceptar esa hipótesis, ya que a vos te agrada.

Llegás y yo de un humor espantoso. Bueno, vos entrás y de pronto decís que no sabés por qué llegas tarde. Entonces yo insisto en preguntarte, y te recuerdo lo que te he dicho tantas veces... *(Juega al fútbol.)*

¿Me seguís, querido, estás siguiendo mi razonamiento? ¿O no te interesa lo que digo?... ¿Me escuchás o no te importa lo que estoy diciéndote?... ¿A ver, qué es lo que tantas veces te he dicho, podés repetírmelo? ¿Qué te he dicho? *(Se acerca para escucharlo.)*

Ah,... eso mismo. Que-no-vol-vie-ras-tar-de, te dije yo, ¿verdad que sí? Y no solo te lo dije una vez sino muchas, ¿no? Entonces tal vez lleguemos a comprendernos. No sé si hoy, pero tal vez algún día sí. Hay alguna esperanza todavía de que vos y yo... Bueno, ¿dónde has estado hasta ahora, dónde?, te pregunto yo. Porque en realidad a mí no me importa que llegues tarde, o que te vayas y no vuelvas hasta dentro de seis meses. Lo que a mí me interesa saber es dónde has estado. Eso es lo que yo quisiera saber. Pero vos no lo sabés, querido, no sabés qué has hecho desde que saliste del trabajo hasta llegar a casa. Yo tampoco lo sé, y como quiero saberlo, pregunto... Y ahora veo que es inútil seguir hablando. Ahora veo que no lo voy a saber nunca, que nunca me dirás dónde has estado. Y no me importa. *(Sube a la mesa.)*

Pero yo me pregunto, a ver si me entendés, amor, me pregunto qué te has creído que yo soy para contestarme que no sabés. No que no me respondas, sino que me respondas que no sabés. Porque entonces es muy claro que me subestimás, que vos creés que con decirme que no sabés yo me voy a dar por satisfecha. Es eso, ¿no? *(Le tira la pelota, baja de la mesa.)*

A ver, ¿no es eso acaso? ¿O es que a mí se me ocurre sentirme subestimada y vos en eso no tenés nada que ver?... ¿Es un problema mío o hay una base objetiva, real, para que yo me sienta como me siento? *(Se inclina para escucharlo.)*

Ah, que no me subestimás. Entonces quiere decir que yo estoy loca, que me imagino cosas. La loca soy yo y aquí no ha pasado nada. Vos, en realidad, no me haces nada. Te dedicás a protegerme, por mi locura, ¿verdad? A la espera de que algún día me internen en el manicomio, claro. Y así librarte de mí, ¿no?

Será fácil. Es claro, todo el mundo ya sabe que estoy loca. Da igual. Vos no has hecho otra cosa en todos estos años que dedicarte a hacer creer que estoy loca.... Entonces, llegado el momento de meterme en el manicomio sentirán admiración por vos, por haberme cuidado, y soportado tantos años. Por haber dedicado tu vida a cuidarme. A mí, a mí, la loca. La que se creía subestimada.

Pero en realidad nadie la subestimaba, y mucho menos su marido, ¿no es cierto? Al contrario, ¿verdad? Era ella, la pobre lela, la que se creía subestimada, ¿no?

(Arrastra la silla hasta el proscenio y la pone de espaldas al público.)

Serás un mártir del matrimonio, un santo que consagró la vida a su mujer. Pero aún así tuvo que meterla en el manicomio, porque ella estaba loca. *(Desesperada comienza a caminar por la habitación, dando gritos.)*

Así acabamos. Yo, la loca. Y él, él la víctima, el perjudicado. El pobre hombre que ha dado los mejores años de su vida por la loca de su mujer. Ella, la subestimada. *(Comienza a poner la mesa, y sigue hablando.)*

Una bruja insoportable, que le pegaba, que le hacía preguntas. Y él quemando su juventud junto a ella. Él, con el talento que tenía, que hubiera podido ser actor, un actor de carácter, o un gran jugador de fútbol... Tratando de protegerla acabó inmolando su vocación en el altar del matrimonio. *(Corre hacia el bolso y lo tira hacia el público. Luego vuelve a lo que estaba haciendo.)*

Pero ahora, una vez que logró internarla, que consiguió sacársela de encima, ahora va a empezar a vivir. Podrá comenzar su carrera teatral. Tardíamente, pero la vocación es más fuerte que cualquier otra cosa. Podrá jugar al fútbol con los amigos, todos los días. Y llegar a casa a la hora que se le antoje. Porque al no estar la loca... Pobre hombre, la vida que ha tenido que llevar. Pero ahora ya está, ya se salvó.

Por fin se le nota alegre, sonrío. Está rejuvenecido. Se ha conseguido una nueva mujer. Joven, linda, con dinero. Todavía no se ha casado con ella, pero lo hará, ya lo hará. En cuanto pida el divorcio volverá a casarse. Se lo darán enseguida. La otra pobre es irresponsable... Y eso que le decíamos: "No podés seguir así. El amor tiene límites. Tu mujer tiene que estar en un hospital".

Bueno, pero por fin acabó la pesadilla para él. ¿Cómo habrá hecho para aguantarla? *(Va al proscenio para dirigirse al bolso que está entre el público.)* Esa es la imagen de mí que estarás dando por ahí. Hablando de mis rarezas, de mi enfermedad. Preparando el terreno para encerrarme en el manicomio. Vos por ahí,

con mujeres. Vaya a saber con quién. O con quiénes. Alguna sucia, sugiriendo que, en realidad, yo estoy loca y no me dejas por lástima... *(Vuelve a la mesa.)*

Pero ¿qué otra cosa se puede esperar de vos? ¿Qué mujer que no sea esta pobre loca que vive contigo se atrevería a acercarse a vos?

Tu mujer no vale nada y por eso te vas con alguna sucia. Es claro. Y además es claro que yo debo de estar loca, para aguantarte como te aguanto. Si no estuviera loca no seguiría viviendo contigo, como sigo, y no sé por qué. Bueno, ahora sí sé. Me lo has demostrado, y he acabado aprendiéndolo. Te agradezco la franqueza. *(Vuelve al proscenio, recoge la silla, la pone junto a la mesa, y se sienta.)*

¿Pero qué estás haciendo ahí, por qué no vas a ducharte? Ya está lista la comida. Tenés que comer, no podés pasarte el día así, sin comer nada. *(Se sienta. La mesa está puesta.)*

Mirá cómo estás, hecho una anguila de tan flaco. Después van a decir que no te doy de comer. No seas hijo de puta. ¿Sabes qué hice? Pollo, la receta que tanto te gusta, la de tu madre.

(Enciende la vela que está sobre la mesa. Música de bandoneón. Apagón y fin de música. Luego apaga la vela.)